

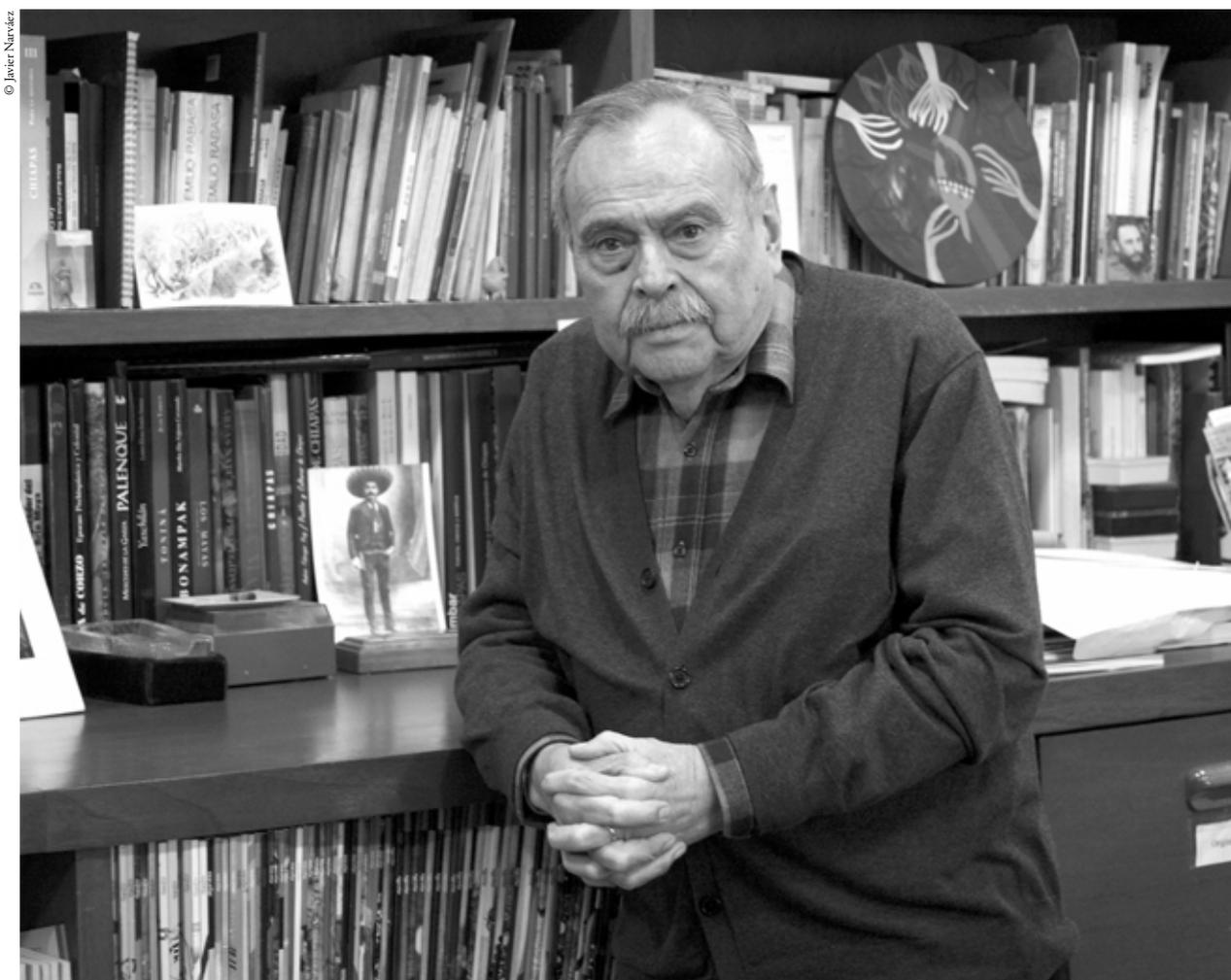
*Eraclio Zepeda*

# Viento del siglo XX

Mónica Lavín

Con la cuarta entrega de su saga novelesca alrededor de la familia Urbina en Chiapas, Eraclio Zepeda nos pone de cara al *Viento del siglo*, como eficazmente se titula la reciente publicación en el FCE. La historia de México, la historia de Chiapas, la historia de los hombres están entre estas páginas vigorosas tan pronto épicas, trágicas como salpicadas de humor. Un parangón con la vida a

la que finalmente rinde homenaje el autor chiapaneco que hemos disfrutado en la prosa precisa y jugosa de sus cuentos entrañables, poeta al fin, las frases que crean atmósferas del ánimo, que pintan paisajes, que ennoblecen las relaciones de los hombres trepidan a lo largo de las páginas. *Viento del siglo* arranca con los últimos días del padre Ezequiel Urbina y cede la estafeta al futuro perio-



© Javier Narváez

Eraclio Zepeda

dista Ezequiel Urbina, amante de su Chiapas por la que lucha del lado de Carlos Vidal, en contra del reeleccionismo de Álvaro Obregón. Un arco de tiempo nos lleva a caballo, entre fincas, de Tuxtla a San Cristóbal, a bordo del tren y de los coches —apenas empezada la modernidad en el horizonte de 1927 al cardenismo en 1937—. Un decenio ciertamente de pugnas de poder, de asesinatos, cuando el callismo se acalla finalmente, palestra de caudillos en la que las brutalidades y las traiciones existen y que en Chiapas adopta una cara particular con las pugnas entre Tiburcio Fernández Ruiz y Carlos Vidal, el primero apoyado por Obregón. Mapachismo. Pinedismo. Chiapas, que el 14 de septiembre también celebra su anexión al territorio mexicano, tan cerca de Guatemala como el autor nos lo hace sentir en la actitud generosa de su gobierno durante el exilio de Ezequiel Urbina que a duras penas salva el pellejo después del fusilamiento del general Francisco Serrano y el tan querido por los protagonistas de este episodio de la historia de Chiapas, Carlos Vidal. Oriundos de Pichucalco, de la finca La Zacualpa, los Urbina habrán de mudarse a Tuxtla Gutiérrez a petición del gobernador Carlos Vidal, que quiere al coronel Urbina de asesor. Vivirán en Tuxtla y manifestarán siempre su amor por Chiapas, de manera que cuando Ezequiel Urbina, quien habla con Cárdenas durante su campaña de los problemas de los indios en Chiapas, recibe una oferta de trabajo al lado del candidato, la rechaza. Él se queda en Chiapas, ya estuvo tres años fuera (exiliado).

Con un ritmo vertiginoso, atento a los detalles y a los gestos de los hombres y las mujeres, Eraclio Zepeda nos mantiene en vilo en este relato de las vicisitudes de los Urbina, en el marco de los acontecimientos del país que ahora vemos desde lo particular, desde las vivencias extremas de quienes se volvieron capitanes, y tuvieron que armar pelotones (magnífica la explicación de los pelotones, que para mí eran asunto lejano), esconderse, huir, presenciar fusilamientos, escarnios, andar montañas, nadar ríos, montar una imprenta, escoger la palabra como arma del pensamiento y la construcción de una región, de un país. Ciertamente, la novela de Zepeda nos permite entender la historia del estado a la luz de sus propias inquietudes y de los acontecimientos del país, pero sobre todo nos permite atisbar en medio de ello las sombras y luces de nuestra conducta. La manera en que los que han sido enemigos, en el exilio guatemalteco son sobre todo paisanos y hermanos (“el exilio iguala en nostalgia”). Cómo las pasiones negocian con sus límites y exageraciones. Cómo los hombres y las mujeres se enamoran y persiguen sus sueños, y recuerdan la estatura de los que los precedieron, esa genealogía moral que los acoge. Y en medio de todo ello, el anecdotario del que bien conocemos es pródigo el autor, con el que engalana conversaciones y mucha de su escritura. Así hay leo-

nes que orinan y manchan la ropa de una mujer preocupada por su huella perenne, enamorados que matan un ave porque son certeros en el tiro, bombas que pretenden acabar con un general pero que sólo alcanzan a matar a un inocente gallo, globos que acarrear desprevénidos viajeros, mudos que fingen serlo y otros que sí lo son y hacen de las suyas o el desmesurado engaño fraguado por Miguel Ángel Asturias, después de ganar un traje de luces en una apuesta con un torero, para que recaude Urbina (a quien le queda el traje) el dinero de las entradas de una corrida que no se realizará.

Eraclio Zepeda le toma el pulso al arranque de un siglo en que a la par de una inclusión ideológica, de un afán justiciero, de una pugna por la tolerancia religiosa (Garrido Canabal tan cerca de Chiapas), la tecnología comienza a trazar otras posibilidades para esa Chiapas sinuosa y diversa donde el avión revolucionará las comunicaciones y Francisco Sarabia será un personaje sustancial (como lo hemos visto también en los cuentos del propio Zepeda). El autor ha tenido el tino de contarnos ese pedazo del siglo a través de una familia con la que nos hemos venido encariñando y que subsiste en los retratos, como el que cierra el libro, dejándonos con la ilusión de que debiera seguir la escritura que nos siga llevando por ese siglo XX de la manera en que lo hace Eraclio Zepeda.

